

## LA VIDA COTIDIANA\*

SUMARIO: I. *El origen*. II. *Ciudad y lenguaje*. III. *Un primer deslinde de lo cotidiano*. IV. *La urbanización como ruptura del pacto social o la crisis*. V. *Sistemas de la cotidianidad o segundo nivel de diferenciación*.

### I. EL ORIGEN

Desde una perspectiva general son los seres humanos una instancia distinta de la naturaleza pero se articulan, a partir de ella, como goznes de dos procesos dialécticos. Uno, el de las leyes necesarias e irreductibles, que aparece como un muro determinante y ciego, y otro, que viene a ser un reducto de individuación, de capacidad para asumir nuevas modalidades, arbitrios y obligaciones, dependiente, en cierta medida, del azar y con una inclinación que lo vincula a los cambios o mutaciones programados por el hombre mismo.

\* Publicado en *Deslinde*, Cuadernos de Cultura Política Universitaria, México, UNAM, octubre de 1976.

Los vegetales y los animales a velocidades y modos diferentes, aparecen para el hombre, desde fuera, pues carecen de interioridad y sufren mutaciones, disyuntivas ajenas a cualquier acto volitivo de modificarse, porque son programación de células que inscriben un equilibrio milenario, para su adaptación en nuevas combinaciones genéticas.

Mientras que el ser humano, instancia final de la adaptación y al mismo tiempo de negación a cumplirla, se atiene a leyes al parecer implacables, pero les “escurre el bulto”, en un gesto sagaz de autonomía. En vez de sólo obedecer a un mecanismo instintivo, para no negar a la naturaleza de modo tan radical, opta el hombre por modificarla agregándole sus propios fines, sumándole aquello que puede tener él de sustantivo: un bagaje teológico al que la naturaleza se resiste, siempre con dificultad.

De esta manera aquello que en los otros seres vivos es un callejón sin salida, se convierte para el hombre en amplia avenida de intercambio. La naturaleza lo determina pero empieza también él a determinarla.

En su actuar esconde el humano, con habilidad de prestidigitador, toda una serie de finalismos, de teleologías cifradas; bajo rocas inexpugnables o en los procesos más secretos de la naturaleza consigue torcer su sino, y redescubre su propia voluntad en

los signos más insignificantes y recónditos. No se escapan un atardecer o una tormenta, una galaxia o una amiba. Además, el hombre, desde la naturaleza, incluido en ella, regresa a sí mismo en distintos momentos para plantearse y replantearse, incesantemente, actitudes y relaciones con sus semejantes, con el medio y consigo mismo.

La naturaleza a su vez invade el territorio del hombre, su mundo de relación se va impregnando de objetividades mecánicas y frías. La misma conducta inaugural plena de arbitrio, se va volviendo un molde de sí misma, conducta endurecida, “fossilizada y muerta”, como dice Ortega y Gasset, le sirve al ser humano para vivir desde los trampolines de las conductas establecidas por otros y que le facilitan la existencia, desde y en la “arquitectura de usos”. Punto de partida, archipiélago en que afirma los pies y da nuevos saltos volitivos y creadores hacia el futuro. Desde un cementerio dinámico parten las conductas como semillas y gérmenes, inician actos nuevos y creadores plenos de decisión y de racionalidad.

El hombre se recrea desde sí mismo y se programa para admitir, necesariamente, los moldes de la sociedad y los dictados de la naturaleza, en incesante formar y reformar papeles sociales que va estableciendo para adaptarse a ellos y después volver a cambiarlos.

De este proceso nace la ciudad como nueva dimensión del hombre y funciona en un tejido apretado de preguntas y respuestas, de esquemas que garantizan una mejor lucha contra la naturaleza. En ella los siervos se vuelven artesanos y éstos a su vez en obreros de los incipientes talleres, después, la industria independiza al hombre de la relación inmediata con los azares de la naturaleza.

Así inicia otra etapa en la cual el abismo inmediato es la cosificación, es decir la situación del hombre enajenado que tiene asegurada su subsistencia, siempre y cuando se articule a una “banda sin fin” que resulta de la doble vertiente de la industria y de la urbanización. Se convierte en el “consumidor”, habitante y protagonista, pero ya no de las civitas sino del gran universo urbano en el que la seguridad, los pactos y la cultura anteriores prevalecen todavía, pero con nuevos límites; dentro de marcos de referencia en que privan la inducción, la predecibilidad mecánica y la consigna.

Lo que en la actualidad define a la sociedad industrial son las relaciones enajenadas, la economía que supone una división clasista, quizá más allá de la situación y de la conciencia, regida por relaciones de propiedad que se disuelven en una realidad confusa de patrones de conducta que aglutinan materialidades en movimiento, objetos y papeles que

se poseen en un *status* legal extraño, pues son propiedades o situaciones que no se llegan a adquirir en definitiva, se cambian incesantemente por otras o se agotan en su uso. La clase ya no viene a constituir un agrupamiento estructural sino de coyuntura, es circunstancial, pero se habla, con dogmatismo —mutable— de que los jóvenes forman el “proletariado”, o los campesinos o el ejército. ¿Cabría preguntar, al estilo de Cherterton, si algún teórico afirmará próximamente que la burguesía imperialista es funcionalmente el “proletariado”?

En la sociedad pos-industrial se modifican las relaciones entre las cosas y las personas al grado que el individuo tiende a perder su función, para quedar como vertedero interior, puerta hacia ningún lado, catarata que cae hacia adentro en un mundo de sorudos y de ciegos, incomunicados en una época caracterizada por extensiones de la percepción, en que el cuerpo mismo toca al universo, como lo advirtió Novalis.

## II. CIUDAD Y LENGUAJE

El sistema de finalidades insertado por el hombre en la naturaleza termina por conjugarse en una sociedad, comunidad de fines que nace y crece a través de códigos y símbolos vueltos estructura a la que se le denomina lenguaje.

La comunidad se organiza en ciudad, lo que implica un lenguaje y un conjunto de objetivos, de valores y conductas. Puede decirse que en torno de los sistemas de convivencia nacen las edificaciones, los caminos, las plazas, esa vasta apoyatura material que implementa la cohesión de los grupos y de las finalidades gregarias.

La ciudad es una estructura como lo es el lenguaje, red de símbolos que admiten una dinámica y en la que prevalecen dirección y sentido. Lenguaje y ciudad son marcos de convivencia, pactos de trato y conducta, cruceros de predecibilidades, mecanismos de supervivencia, espacio en el que operan las transacciones del hombre, urbe a la que corresponde un arte de convivir y formas de comunicación más factibles y cercanas, en las cuales los hombres concretan sus signos constitutivos y hacen eficiente su lucha y su desarrollo.

La ciudad presupone una ideología, una aglutinación conceptual dentro de un sistema delicado y a veces imperceptible de valores en juego y en riesgo.

Así, en el pretérito, los nómadas se reunían bajo sus tótems, la polis era el escudo de la sociedad ateniense, los estandartes de los soldados-campesinos de Roma defendían un tipo de sociedad y en la Edad Media había que tener a cubierto la salvación

del alma. El capitalismo decimonónico se reflejaba en todos los goznes de la vida diaria, en la propiedad privada y después en la sociedad anónima —menos anónima que las masas emergentes— se garantizan las ganancias, nueva “razón de Estado” de la era del imperialismo; después empiezan a predominar las empresas transnacionales que son las nuevas moradas de las sociedades que han perdido el espíritu nacional, el arraigo en los pueblos y ciudades y que viven un espacio intercambiable, modular, característico del mundo pos-industrial en crisis.

¿Qué está sucediendo con el hombre de la sociedad pos-industrial? ¿Por qué la palabra ha dejado de tener sentido y hace al hombre entenderse a señas como en los remotos tiempos en los que se encontraban el cazador y la bestia en el mismo cuadrilátero?

Desde la Segunda Guerra Mundial de manera ostensible se perfila el lenguaje como un mero sonido vacío de sentido y todo se vuelve intermediación, mecanismo automático de respuestas casi fotoeléctricas.

Todos los días los poetas rebautizan el idioma, tratan de rehabilitarle su sentido, pero todos los días también de manera implacable avanza corrosivamente, como un ácido, la mercancía y sus alia-

dos, la publicidad subliminal y el consumo como sustituto del *eros* y del *ethos* son pivotes de una sociedad de la inercia, dependiente de las regularidades y acondicionamientos y de los satisfactores automáticos.

El hombre actor, el hombre sujeto, el hombre en riesgo, se vuelve un consumidor cautivo, alguien al que se le ha recortado el horizonte circular y se le deja apenas el suelo que está pisando.

La degradación de la palabra consiste en que ya no hay manera de identificar las intenciones. Si en un principio la cosificación era el miedo del hombre de la sociedad industrial, hoy se observa con ojos atónitos cómo las cosas adquieren una personificación, cómo la magia de un mundo humaniza los objetos y así no sólo se vuelven los humanos seres fungibles, intercambiables en una apertura restringida hacia la vida, sino que las cosas, artificialmente, se van volviendo personas, intermedios indispensables, sucedáneos de la vida humana.

Se puede coincidir con Lefebvre en la idea de que el *homo cotidiano* es el nuevo habitante del planeta tierra, aunque siempre estuvo oculto dentro del *homo faber* y en el *homo de la civitas*.

Por eso cuando Ortega y Gasset hablaba de la sociedad como una arquitectura de usos, se refería a los grandes esquemas de la vida social, a todo

aquello que habiendo tenido primero sentido lo dejó de tener para convertirse en un modelo en el que descansa el hombre para no reinventar a diario el análisis, la condición, las actitudes y las reacciones, así como una reflexión y una racionalización de éstas.

Intimida la idea de la palabra como molde de la palabra, como pieza de un rompecabezas en el que los sentidos ya no coinciden en la paradoja a la que se anuda la comunicación que deteriora las necesidades mismas, la falta de articulación entre lo necesario y lo superfluo, entre el ornato y lo indispensable, quitándole al hombre la medida de su tiempo, al prefabricarle todo: necesidades y satisfactores.

Si cada formación recibe una respuesta también formulada, si la conciencia está inducida y cada ser es tan intercambiable como cada cosa, si ya no hay diferencia entre las cosas y las personas, ¿qué hacer? El único camino es rehabilitar la palabra, regresar a la comunicación, reencontrar la naturaleza, el juego, la ciudad, el diálogo, para vencer al nuevo enemigo, más peligroso que la selva de los orígenes, que la peste de los burgos o que la guerra de las naciones y de los continentes: el ruido de los marcos de referencia que se resquebrajan, el silencio de la pérdida del lenguaje, la miseria esencial de horizontes vacíos de significado.

### III. UN PRIMER DESLINDE DE LO COTIDIANO

Los usos son, sintéticamente hablando, estructuras sociales coercitivas, mecánicas e irracionales, vida fosilizada que tuvo un sentido primigenio e inaugural y que se le impone al hombre desde fuera y desde dentro.

En la vida social en sus planteamientos y ajustes, conductas y actividades, dilemas y redes de vinculación, es posible encontrar que hay concreciones efímeras y duraderas. La diferencia entre lo efímero y lo duradero no es de forma, pues lo efímero es un nivel de los usos, sólo que provisto de un contenido transitorio. Aparece como una serie de gestos y conductas tráfugas, de actos que tienen la misma consistencia de los usos pero abiertos a contenidos móviles, figuras de un “tiro al blanco” al que todos aciertan pues no hay quien no atine al cumplir con las determinaciones de la vida cotidiana.

Lo duradero posee la misma forma de lo fugaz en el sentido de que es conducta humana que actualiza comportamientos anteriores.

En una red inmensa y rica de formas de vida, de combinaciones cada vez más cambiantes y contradictorias, se hace difícil concebir lo duradero, enmarcado en los distintos niveles de los usos y se

abre entonces la pregunta: ¿qué puede ser lo duradero en ese mar de actitudes, expresiones, gestos, conductas que se amoldan a una vertiginosa velocidad, para repetirse y después volver a cambiar impunemente?

Lo duradero es, entonces, una concreción *sui generis* en ese universo modificable y contradictorio, montaje casi mágico de ingredientes matizados que se agolpa en ensambles de contenidos, significados y sentidos que se individualizan, de una vez y para siempre, ligados a su contexto, para trascenderlo y quedar como algo singularizado en un océano de impersonalidades, en un mundo de formas, cuya esencia no es otra cosa que su facultad de generarse mecánicamente, para después volver a ser de otra manera, ininterrumpidamente.

Lo duradero viene a ser una individualización única, que retoma lo sustantivo de la naturaleza humana y vence al azar y a lo transitorio, pues no cambia jamás su cifra íntima, su engranaje secreto e inmutable y sólo puede, el que lo actualiza, reubicarlo con un nuevo sentido, pero sin alterar su individuación de origen. Lo duradero puede ser utilizado en un sentido diverso pero eso no lo hace cambiar jamás la cifra íntima, la cohesión única que es la que se mantiene independiente de las perspectivas y de las readaptaciones, en su coherencia perdurable.

Lo cotidiano viene a ser el horizonte diario de lo efímero, urdimbre de “clavos ardiendo” a lo que busca el hombre asirse. Lo constituyen significados y signos a los que se puede recurrir para vadear la invencible corriente de la vida de todos los días, para remontar esa renovada selva de la naturaleza y de la sociedad, a la cual tiene que enfrentarse el hombre, además de a su propia condición, cada segundo, desde cada idea y gesto, en cada acto, hasta agotarse en un intento imposible y enloquecedor de rehacer a la sociedad desde su propia perspectiva interior. Pero no se puede reinventar la cultura y la civilización todos los días, sería una tarea más difícil de cumplir que las arduas y famosas de Gilgamesh o Heracles. Habrá entonces que partir del andamiaje de los usos y del transcurrir cotidiano como patrimonio y caudal del hombre, cimiento desde el que puede edificarse una existencia plena de objetivos y sentido.

En este inicio de milenio prevalece un desbordamiento de lo cotidiano, cabe preguntar: ¿por qué esta ampliación de la vida cotidiana?, ¿por qué este exceso de vida inducida?

El ser humano se encuentra aplastado por los usos. La cantidad impresionante de información que diario recibe lo ha saturado. La confusión de sentidos que absorbe lo ha vuelto inerte, le han

atado el espíritu de pies y manos, de modo que las palabras, las conductas y los sentidos se vuelven comodines, en un juego sucesivo en que cada carta es la que aparentemente se necesita para que termine por suceder así. Esto quita al hombre, al “*homo ludens*”, la última cuota de riesgo, la última posibilidad de reflexionar para actuar, pues de todas maneras lo que diga o lo que haga, o lo que digan o hagan los demás, será lo adecuado y la pesadilla de Lefebvre será realidad, no se necesitarán ya vigilantes, cada quien será su propio policía, su propio dictador, cada quien vivirá en su propia cárcel. ¿Será ésta la necesaria desembocadura de una sociedad que es la que más sabe y más puede en la historia del hombre?

No obstante, el hombre sigue siendo la instancia de lo efímero, pero también de lo duradero, fruto en el que el determinismo y libertad se reúnen y se estabilizan en ese girar continuo en el que cada uno es individuo y especie, pasado remontando el futuro, testigo de una superación y de un transcurso que no cesa, autor de su contexto. ¿No podrá el protagonista y la víctima de lo cotidiano evitar las presiones de la inducción, canalizar el diluvio de informaciones y regresar al sentido que tuvo la urbanización inicial?

En la sociedad se entrelazan convivencia y compasión —Unamuno—, desde una perspectiva, y desde otra, un resbalar, un “ir con la corriente”, dentro de los “tubos neumáticos” de los usos para guardar la posibilidad de una sobrevivencia precaria, asegurando fijamente la visión intacta de lo antiguo que aparece como promesa o esperanza de que ya no será necesario seguirlo reinventando todo.

El ser racional al conducirse crea los moldes de los usos que le van a servir de “moneda fuerte”, para no pensar incesantemente en lo ya pensado, hasta agotarse, y abrir camino a nuevas estrategias para capturar el futuro, llenando los huecos que va dejando la realidad de este ágil rompecabezas de la vida y de sus urdimbres.

Lo cotidiano es pues esa conducta, ese comportamiento mecánico e irracional que casi no deja sedimentos, vida refleja e inconsciente, anestesia general en un orden creado para la lucidez y la vertebración del conocimiento.

Lo social se vuelve así efímero como contenido, pues las relaciones humanas cambian incesantemente de programa y de código, en el transcurrir del comportamiento consciente, en el actuar como respuesta precisa frente a la naturaleza o a la sociedad que crea, finalmente, los cánones para que se dé lo esencialmente “social” que viene a ser, como

lo dijera Ortega y Gasset, paradójicamente, lo “inhumano”. Esos moldes son monumento y fábrica, estelas de lo impersonal y puntos de partida para encender el principio del juego y apostar por un nuevo sentido de la vida y las cosas.

En los usos se amoldan, se estampan, se ajustan las relaciones de todos los días, y en ellos cabe la posibilidad de crear individuaciones duraderas, “milagros” que fluyen pero ya sin perder su imagen, vinculados a formas duraderas y que cuyo único riesgo es ser actualizados siempre, con una carga de significados distinta a la que tuvieron en su contexto y origen.

El hombre sometido a las “andanadas” de la vida cotidiana y a los relámpagos siempre luminosos de lo duradero, queda como un fruto en el aire para el que tiene sentido lo mismo la inmovilidad en la rama que la caída.

La vida cotidiana es, además, fungible, en todos los sentidos y significados que se van amoldando en ese transcurrir de actitudes y vínculos siempre sustituibles, siempre fáciles de reponer. Mientras que lo duradero es por lo contrario irrepentible, se puede cambiar su sentido en otros contextos, en su funcionalidad, pero nunca pierde su impronta original, pues la combinación de elementos y su balance sostenido da un predicado definitivo, una connota-

ción singular que lo hace forma de vida siempre recreable, nunca fosilizada, contraria a la establecida por los usos que no son sino simples goznes en que gira la vida efímera.

Lo duradero es conducta viva, irrepetible en su sentido de origen, fundación y aventura actualizables y dinámicas, cambio que no pierde el sustrato nativo. Lo efímero es vida que transcurre a través de la “vida fosilizada” de los usos que la dejan pasar sin que quede sedimento, sin que sus contenidos permanezcan. Si los usos son anacrónicos, la vida cotidiana es actualidad constante, pero mecánica coercitiva y sobre todo circunstancial.

#### IV. LA URBANIZACIÓN COMO RUPTURA DEL PACTO SOCIAL O LA CRISIS

Antes de concluir la delimitación del concepto de vida cotidiana y después de una primera aproximación para su deslinde, es menester observar sumariamente cómo ha operado la vida cotidiana en la evolución de los agrupamientos humanos.

En el trasfondo de las culturas arcaicas y en la raíz de las instituciones prevalece una dualidad. Una premisa es la “vida corriente”, la vida cotidiana y la otra, una actividad libre: el juego, factor agonal, especie *ludi* que se presenta como una forma de vi-

da sujeta a su propia legalidad, más difícil de violar o de alterar que la de las formas de vida cotidiana, pues tiene como esencia el desinterés y, al mismo tiempo, un orden elemental: la competencia.

Desde las tribus nómadas hasta las sociedades contemporáneas sólo puede reconocerse como vida humana, comprensible, la existencia que transcurre en el seno de una colectividad. Independientemente del tamaño o grado de complejidad, la tribu o la sociedad desarrollada resultan, técnicamente hablando, sociedades globales.

La sociedad global implica estructuras, funciones, símbolos o niveles actualizados en conductas, en las que lo cotidiano podría ser los procesos que están antes y después del trabajo. En la cacería se expresan los ritos previos de augurio para fortalecer el valor, pues la pieza será cobrada quizá con sacrificios y este trabajo lleva implícito el riesgo de la muerte. En la vida sedentaria, en la agricultura primitiva, a la siembra y a la cosecha las acompañan danzas y música y en el interludio por el miedo de que falte lluvia o de que las alimañas destruyan los plantíos, se utilizan rituales que piden la benevolencia de los dioses.

El proceso de la existencia reúne a lo cotidiano con el trabajo, ensambla estos factores en un mosaico que entrelaza la fiesta con la labor, el agón

con la *areté*, en mecanismos reiterados irracionalmente que reflejan las maneras habituales de sobrevivir, unidos a los ritos que aglutinan lo religioso y lo profano, la guerra y el derecho.

Lefebvre tiene razón cuando dice que si la filosofía establece en el fondo un proyecto de ser humano, hoy ésta es quizá la última posibilidad de plantear mitos cosmogónicos y teológicos. La filosofía actualmente principia por conocer lo no filosófico.

Estamos otra vez ante la inocencia del devenir, cercados por la avalancha de conductas que nos predisponen a otras secuencias que podrían carecer de sentido.

Ya no hay acuerdo fácil, quizá sólo el que se propusiera con base en lo irracional, en el instinto, en ese convenio que llevan los hombres desde antes de ser ellos mismos, a partir del rinocéfalo; situación grave, pues como dice Frobenius: “los instintos son una invención de nuestra impotencia frente al sentido de lo real”.

Los actos inaugurales transformarían lo cotidiano si le otorgan sentido, por encima inclusive de hechos incomprensibles. ¿Sería entonces lo cotidiano únicamente el residuo final del sentido que se nos escapa? De todas maneras Lefebvre acierta cuando dice que en donde se goza y se sufre es en

el *aquí* y en el *ahora*, es decir, ¿en lo cotidiano? ¿Tendría cada época, como lo quería Böll, una vida cotidiana universal, un espíritu del tiempo que se reconoce aparte de la razón o de la urbanidad?, ¿se podrá recomponer la cohesión del esquema social?

En términos marxistas difícilmente podría hablarse de vida cotidiana como praxis, pues ésta es vinculación de teoría y práctica y sería incomprensible una praxis vacía de contenidos, o ¿habría una praxis similar a los usos en la terminología de Ortega?

Entre más se regresa en la historia se encuentra con más claridad la relación entre las formas de producción y las formas de vida, como ya se planteó en la cacería y en la agricultura.

Se observa también esta correlación en las ciudades que vivían del comercio o en aquellas que se fincaban en el trabajo de los artesanos, y así se puede llegar hasta la ciudad industrial en la que se desarrollan las dos clases nuevas, formadas por el maquinismo: el proletariado y la burguesía. Ciudad que empieza a convertirse en una especie de “fábrica” de vida cotidiana, productora de conductas “usables”, proyectos de adaptación. A partir de esta época, los términos industrialización y urbanización comienzan a significar lo mismo. Después se llega rápidamente a la sociedad de masas en la que

las clases medias viven la ilusión de una capilaridad prácticamente inoperante, en el laberinto de la sociedad-ciudad, en la cual el proletariado está sometido a la “fuerza centrífuga” que lo saca de los caminos de ascenso social para marginarlo cada vez más.

El desarrollo complejo de las formas de producción y de las sociedades dificulta el análisis, pues con frecuencia, y paradójicamente, las formas de producción desembocan en comportamientos y valores que las niegan. Prevalece además una serie de formas de vida que son obstáculo para desarrollar las formas de producción que le son contemporáneas.

No hay producción sin un conocimiento del medio, pues en términos generales incluso la cacería es una forma de producción. Reconociendo esto vemos a la vida cotidiana constituida por formas sociales que aseguran el funcionamiento de todo el conjunto social, es decir, en un equilibrio aunque sea éste momentáneo o provisional. Por eso uno de los grandes dilemas de la vanguardia revolucionaria en el mundo es establecer la congruencia entre las formas de producción y las formas de vida. Este dilema se plantea en todos los sistemas de propiedad de los instrumentos de producción. El socialismo no ha podido impedir que se sigan extendiendo

las formas de vida cotidiana; con frecuencia las impulsa y las alienta.

La cotidianidad va impregnada de estilos y modas y es difícil que la revolución deje de tomar en cuenta las formas de vida cotidianas, pues ellas son el sitio desde el cual las vinculaciones y relaciones del “*ancien régime*”, a veces, se destituyen y se regeneran en una especie de cicatrización social.

La verdadera alienación social transforma la conciencia pasiva del hombre en desdicha, otra denominación de la conciencia al no poder racionalizar la falta de camino, al sentirse localizado en un callejón sin salida, sitiado en un falso proceso, detenido en una funcionalidad aparente, sin aspiraciones a la capilaridad, sea cual sea la ideología que impere.

Para el proletariado la cotidianidad significa una continua reiteración de que no domina la situación real de la escasez, de la penuria, de los deseos, mientras que para la burguesía es apropiación del cuerpo, del espacio, del tiempo y del deseo. Los gestos repetitivos hacen pues la funcionalidad de todas las estructuras. Cuando se incide en lo cotidiano, la cultura se fragmenta y se descompone la vida social, en tanto creatividad articulada.

Si el estilo es algo que confiere sentido a las cosas estamos entendiendo el proceso de la vida como

un fragmento, porque estilo viene a ser en el fondo sólo el trazo sustancial de un tramo de expresión y procesos de la sociedad, en cuyo aspecto último subyace un conjunto de mitos. Cabe preguntar si en la sociedad de masas podemos encontrarlos como ideología, es decir, como elementos que transfiguran la realidad trivial a base de usarla, ya que la ideología es también un componente de lo cotidiano. Así, “el domingo” puede ser vida cotidiana al perpetuarse, porque sólo el deslindar la conciencia mitificada de la conciencia privada establece la frontera entre lo que ensambla al conjunto y lo que clausura un espacio en el que será imposible encontrar a los demás.

Puede observarse cómo el proletariado cuando conquista el poder empieza a retomar los valores de las clases medias, y en el seno de la misma colectividad en movimiento se manifiestan formas de vida que resultan anacrónicas o inoperantes, me refiero al paternalismo, a la burocratización y al feudalismo localista.

El paso del individuo a la sociedad de masas se da con toda precisión cuando la racionalidad del hombre-individuo ya no opera, sino que sólo empiezan a funcionar la racionalidad inducida, ideología organizada para la vida cotidiana y para la producción industrial.

Es decir: hay una organización de la racionalidad y no a partir del individuo sino de algunos clichés que se establecen para operar la estructura, y el consenso resulta una afiliación interesada y personal, más para conquistar algo seguro en el devenir que para asumir la conciencia del conjunto, situación en la que se pone en peligro el proceso de la propia vida. Lo normal y lo habitual se confunden y se vuelven también el horizonte racional operativo, entonces se junta la ideología con el saber, se unen lo real y lo racional, se identifican. ¿Es éste el reino de Hegel?

Estamos ya en el dominio de las opciones aparentes, en que, por ejemplo, los seres humanos compran piedras para usarlas como “mascotas” en lugar de animales domésticos, informando al vendedor sobre el propio temperamento, gusto y perfil espiritual para que éstas armonicen en el repetido dialogar con ellas, son compañeras, en cierta forma vivas y más cómodas que los animales. Así sucede en los Estados Unidos de Norteamérica, cuya sociedad ante una crisis política como Watergate opta por filmar una película, en la que podría proponérsele el papel principal al mismo Nixon. Ciudad en la que las dueñas de burdel escriben memorias y los escritores cuentos infantiles de televisión. Sociedad-ciudad electrónica, provista de los deseos y de

las necesidades precisos, más allá del juego de las voluntades, con cruceros previstos, sin enfrentamientos, con la naturaleza y el hombre reabsorbidos y condicionados, mientras la libertad operativa sobrevive en total desarraigo. Persiste el pacto aquel en el que el hombre ganaba la racionalidad al definirse ciudadano, pero a cambio de una urbe selvática, descoyuntada, de instintos desafortunados que no permite siquiera la siembra de suficientes árboles para los nuevos simios.

## V. SISTEMAS DE LA COTIDIANIDAD O SEGUNDO NIVEL DE DIFERENCIACIÓN

En el intento de conocer a la sociedad prevalece un dilema de índole metodológico que en este ensayo o es problema principal o se plantea sólo como un paréntesis. Al igual que en la famosa teoría de Heissenberg, metafóricamente hablando puede decirse que en el campo de las ciencias sociales el mero enfoque de un problema lleva implícito una carga ideológica, o sea, que desde la hipótesis existen alteraciones respecto al objeto mismo que se pretende analizar. Hay que agregar que el hombre sabe que esto sucede y que por lo tanto puede tomar en cuenta estas modificaciones para aproximarse a conocer la realidad sin espejismos ni distorsión.

Al considerar lo cotidiano y lo duradero como una compleja red de usos con distintas implicaciones, se observa a lo cotidiano como una especie de conducción de conductas ajena a sus contenidos. Entonces crece la inquietud para escudriñar el fondo del problema y surge la pregunta: ¿cómo compaginar lo cotidiano con los resortes fundamentales del hombre y cómo relacionar estos resortes con el contexto social?

Conviene proceder a la enumeración de las principales características de la vida cotidiana, que al parecer ha invadido el espacio colectivo, la urbe y la familia, el mundo de la relación y los ámbitos de privacidad espiritual.

En un deseo de sintetizar las distintas características que comporta lo cotidiano se puede decir que este tipo de vida es automático, contingente, transferible, transitorio, intercambiable, indiferente, anónimo, rutinario, plegadizo y amorfo. Sería excesivo ejemplificar cada calificación, pero es obvio, como ha quedado demostrado a lo largo del ensayo, que hasta los resortes de decisión del hombre, presionados por la vida cotidiana, se han vuelto mecanismos de adaptación, en una esclerosis del estímulo humano.

La relación interna del ser y su ecología urbana quedó ya esbozada, al igual que su trato con la vida cotidiana. Queda por describir el mecanismo de lo

cotidiano que crecientemente ha ido conformando las conductas del hombre con base en una serie de programas previos que abarcan desde el control inductivo hasta la manipulación incidental, con métodos que van desde las instrucciones en el empleo, la coerción de las estructuras familiares y del hábitat, hasta la presión de todos los medios de difusión masiva.

La vida contemporánea en su conjunto de alternativas, al parecer sujetas a la libre elección del individuo, se manifiesta de modo intermitente y global y éstas hay que tomarlas en una especie de “paquete” de conductas, orgánico, y hay que asumirlas en el momento en el que están frente a uno, y exactamente como vengan, independientemente de que se haga uso cabal de ellas o no. Los satisfactores, los comportamientos y los productos se nos presentan de tal manera que podemos rechazarlos o aceptarlos en una combinación unitaria, siempre conjugados. Se puede seleccionar una parte o rechazar una porción, pero habrá que aceptar cada propuesta, por lo menos inicialmente, como parte de una cadena cuya secuencia nos obliga a pensar o decidir en módulos.

Así el hombre de la sociedad pos-industrial transita encerrado en los vehículos confortables de las conductas previstas. Su lenguaje y su personalidad

se van mecanizando al grado de que carece, inclusive, de importancia la pérdida de correlaciones entre lo que el individuo hace y la respuesta que recibe, está sujeto a una especie de gramática o de lógica irracional, implacable.

Cunde una especie de indolencia o de dinamismo indiferenciado, un entusiasmo creciente de ver cómo todo se acomoda a lo predecible, cómo cada vez se armoniza mejor el orden interno con el orden externo, en una corriente avasalladora de contenidos flexibles o de formas que los aceptan sin rompimientos.

El marco general de referencia de la sociedad es una compleja interrelación entre lo duradero y lo efímero, entre lo fungible y lo único, entre lo usual y lo inaugural, entre la sustancia y el accidente, pero vemos cómo el mecanismo central de lo cotidiano va convirtiendo, en su actualización incesante de conductas, todo en circunstancial. Así se va retroalimentando dicho marco de referencia a espaldas de lo sustancial, de la esencia. Llegará el momento en el que con los comportamientos y actitudes “referidos”, el marco de referencia tendrá una creciente identidad hasta volverse un sistema de accidentalidad, ya sin resistencia, porque el contexto mismo impedirá y no tolerará —inflexiblemente— comportamientos esenciales, inaugurales o durade-

ros. Esto significa que habrá una identificación entre forma y contenido y el hombre actualizará, continuamente, las conductas o valores que le sean propuestos, ya no se requerirá presión alguna.

Se convierte así la vida cotidiana en un esquema, en una especie de ideología extendida, provista de un exceso de información. Se identifican los marcos de referencia con las claves o símbolos —ya ambivalentes— con los que opera, en una polivalencia de sentidos, de valores vigentes, ya como formas, puesto que los contenidos carecen de sentido, pues son iguales a su marco de referencia. Se forman núcleos automatizados encargados de integrar información y analizar respuestas. Operan como centros articulados y mecánicos que van ajustando la reflexión con la realidad, más allá de lo que antes era el mecanismo individual e independiente del hombre al que llamó Ortega el “ensimismamiento”. Es decir, se cae en un sistema en el que la alteración continua de sus programas lo sujeta a una especie de sabotaje a sus esquemas, que termina por ser la normalidad vigente.

Además al hombre le han crecido todos sus sentidos, está televinculado con el universo que le es simultáneo, que lo hace operar en tres *continuums*: el del consumo, el de la información y el de las formas de vida. Así se vuelve el hombre un eslabón

abierto, ya sin conciencia, esfera sin centro, polivalente desresponsabilizado, como afirma McLuhan.

Estamos frente al hombre y a la sociedad esféricos, sin centro y por lo tanto sin esencia. Viviendo la corriente agobiante de información, sujetos a todas las disponibilidades. En el milenio del transistor, el hombre es casi un transistor también, célula de la dualidad cumplida: dar-recibir, conocer-comunicar, entender-actualizar. Sociedad simultánea del espacio-tiempo, serpiente que se muerde la cola, infinito que se materializa y se concreta en una espiral constante que aplaza su culminación y borra la coyuntura para reconciliarnos con nuestra naturaleza en libertad.